

# El afán de Rafaela

## Versión 1

Hoy Don Vicente no esperaba a su hija a la puerta de la casa, bajo los plátanos. Había venido la señora Teresa con unas telas a ver qué se le podía ofrecer. Los de Arenys de Mar no tenían tantos **arrumacos** (tonterías) con las leyendas, y menos si había beneficio de por medio. Y la señora Teresa sabía mucho, de beneficio. Con tres amigas, tres máquinas de coser y unos buenos patrones, su pequeña producción de vestidos de verano para señora era siempre un éxito en la zona. Mano a mano con Vicente, Toño o Rafaela, mezclaban moldes para obtener un estampado “clásico e innovador”, al gusto de su clientela. ¿Y qué es de su hija, señor Vicente? ¿Sigue de poetisa de los bosques? Pues mire usted que sí, cuando puede, la pobre. Y hablando ahí está, que oigo su coche.

Rafaela asoma la cabeza, saluda a todos y avisa a su padre que en diez minutos lo quiere a comer.

- Hija, si hemos llegado hasta aquí después de 37 años, podemos seguir adelante.
- Lo sé, padre. En eso estamos. Sólo que ya no vale lo de siempre. Me lo ha dicho hoy el Sebastián. Aunque ya lo sabemos.
- Tienes 40 años. Yo 76. Podemos hacerlo.
- Sí padre. Pero necesitamos ayuda
- Bueno, como tú digas. Que nos ayuden esos de Mataró que tú dices.
- ¿Ayuden? Padre, qué le voy a decir a usted. Nuestros clientes suspenden pagos, nuestros proveedores no se ponen al teléfono. Las máquinas están más paradas que en movimiento. Nos comimos el dinero que ganamos en los años buenos.
- Hemos aguantado cosas peores.
- Aguantamos porque éramos una familia. Ahora ya ni eso.